

Mujer, espacio narrativo e identidad

BARROSO Villar, María Elena

Universidad de Sevilla

Como bien se sabe, la universal Declaración de los Derechos del Hombre hubo de complementarse con textos que, más específicos, regularan la igualdad fundamental entre hombres y mujeres. Por ello, la ONU dejó constituida en 1946 una Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer, para que elaborase documentos donde se reconociesen y fijasen las legales garantías sociopolíticas de ésta. Hoy, en las sociedades que vienen llamándose “avanzadas” casi ningún lenguaje teórico duda de esos y los demás derechos fundamentales femeninos, de tal manera que los partidos democráticos, convencidos o por conveniencia, procuran favorecerlos en sus programas. Y tan amplio reconocimiento en el orden especulativo hasta ha llegado a desgastar el interés de mujeres ante ciertos feminismos (Camp, 1998)¹.

Pero, con todo y como también se conoce, en la realidad del cotidiano vivir todavía funcionan no ya meras burbujas, sino auténticas bolsas, enormes, de costumbres arraigadas. Resistentes adherencias ideológicas son pesados lastres para el cumplimiento de las leyes con espontaneidad, sin trauma. De hecho, abiertos estorbos y hasta violentos abusos individuales que se desvelan cada día, más o menos solapadas cortapisas sociales y otros escollos ensombrecen o imposibilitan una relación de iguales -dentro de las diferencias- entre los universos masculino y femenino.

Porque se quiere indagar sobre los fundamentos antropológicos y culturales, en el más amplio sentido del término, de este problema, o por otras razones que no excluyen el simple oportunismo, en las últimas décadas han llegado a proliferar foros de reflexión, muestras iconográficas— cómo no mencionar, entre tantas de estas últimas, la reciente, espléndida exposición de la galería femenina que Goya pintó-, publicaciones que indagan sobre la condición de la mujer, y, muy en particular, sobre la posición de ésta en diferentes ámbitos de determinados modelos sociales, especialmente el occidental. Ello tiene que ver no solo con una positiva demanda de equidad ante las leyes y en el marco de los comportamientos culturales; también, con el hecho irreversible de que la presencia femenina en la esfera laboral dilata cada vez más su área, irrumpe en espacios vedados para ella hasta hace casi nada. Una gran mayoría de

¹ CAMP, Victoria (1998): *El siglo de las mujeres*. Madrid, Cátedra.

mujeres mantiene hoy posturas que redefinen su lugar en la cultura toda, tal como sucede siempre que en un universo social cristalizan situaciones nuevas. Pero, sobre todo, esas mujeres persiguen algo más importante: reubicarse en ese mismo universo emergido. Ello implica, claro es, un des-plazarse que, a su vez, comporta un cambio funcional, aunque lo primero no entraña por necesidad lo segundo. Así, según recuerda Amelia Valcárcel², entre tantos más estudiosos de este asunto, la Ilustración dejó a las mujeres excluidas de la ciudadanía, el Estado liberal del siglo XIX les negó voto y derecho a la educación, pero, además, aunque al instaurarse el llamado Estado del bienestar surgieron nuevas elites políticas, el feminismo tuvo que forzar la inclusión de la mujer en esos cambios, aunque sin limitarse a eso: recabó ser también agente de ellos.

La relación entre hombres y mujeres tiene, entre otros soportes, uno muy importante, que afecta a los cimientos mismos de ella: es su naturaleza espacial. Se trasluciría bien en términos de narratividad funcionalista.

Por la década setenta empezó a abundar cada vez más –recordémoslo- el lenguaje teórico que destacaba la importancia compositiva y semántica del espacio como signo narrativo, además de anunciar, con acierto, que él sería foco de atención prioritario para la poética ulterior. Esto escribía Janusz Slawinski:

Se puede prever fundamentalmente que la problemática del espacio literario ocupará en un futuro no lejano un lugar tan privilegiado en los marcos de la poética como los que ocuparon –todavía hace poco tiempo- la problemática del narrador y la situación narrativa, la problemática del tiempo, la problemática de la morfología de la fábula, o -últimamente- la problemática del diálogo y la dialogicidad (...).

El espacio está tomando venganza por las múltiples ocasiones en que fue subordinado. He aquí que está pasando a un primer plano en los intereses investigativos de la poética: resulta que ya no es simplemente uno de los componentes de la realidad presentada, sino que constituye el centro de la semántica de la obra y la base de otros ordenamientos que aparecen en ella. La fábula, el mundo de los personajes, la construcción del tiempo, la situación comunicacional literaria y la ideología de la obra aparecen cada vez más frecuentemente como derivados respecto de la categoría fundamental del espacio, como aspecto, particularizaciones o disfraces de ella.³

Pues bien: podría decirse, adaptando la terminología de Juri M. Lotman, que en la *semiosfera* cultural, eje estructurante de las significaciones, la mujer occidental viene des-plazándose de espacios periféricos hacia otros, centrales. Al hacerlo, cambian todas

² VALCÁRCCEL, Amelia (2000): *Rebeldes. Hacia la paridad*. Barcelona, Plaza & Janés. pág. 132.

³ SLAWINSKI, Janusz (1978): “El espacio en la literatura: distinciones elementales y evidencias introductorias”, NAVARRO, Desiderio (selecc. y trad.): *Textos y contextos. Una ojeada a la teoría literaria mundial*. La Habana, Arte y Literatura, 1989. pág. 268.

o parte de las acciones que la estructura profunda, la fábula o historia del relato sociohistórico venía asignándole. Si, por operatividad simplificadora, convenimos en que éste se configura con dos hemisferios actanciales nada más, hombres y mujeres, diríamos que el segundo experimenta una transposición a un nivel jerárquico superior, según la escala de la estimativa cultural en el más amplio sentido de esta palabra. Pasan de posiciones adjetivas a sustantivas: siendo un signo que estuvo actuando subordinado, viene moviéndose hacia funciones nucleares. Al hacerlo, provoca una reubicación del otro signo del sistema, que ahora debe liberar parcialmente su dilatado espacio funcional y, de otro lado, se ve en la tesitura de llenar reductos que las mujeres han ido des-ocupando, vaciando, también en parte, sobremanera en los que atañen al marco del hogar y al orden familiar. En este último aspecto, la de los hombres es una transposición a nivel funcional inferior: pasa de sustantiva a adjetiva, por seguir con el símil de la gramática lingüística. Y, claro es, la lógica interna del relato asume bien, hasta pide, que en este bloque actancial sea muy pertinente y, por ello, se repita tenaz la categoría del oponente-traidor, quien unas veces a las claras y las más mediante un abanico amplio de artilugios procurará impedir los objetivos del actante primero.

Ese reajuste en las funciones implica por necesidad otro que afecta a las formas - ya se sabe que para ese modelo de análisis formas y funciones son solidarias- y ambos se imbrican en contextos ideológicos, económicos, políticos..., es decir, en cuestiones de rango pragmático.

En cuanto a la vertiente formal, sé bien que no hacen falta aquí pormenores, pero quiero recordar, por tan ilustrador aunque incumba a aspectos que pudieran parecer de superficie, la honda importancia de los cambios en la moda del vestir. Porque, recordémoslo, ya la semiología francesa “de la significación”, encabezada por Roland Barthes, reconoció el papel comunicativo de todo signo, aunque no se inscriba en un lenguaje convencional. A estas alturas es lugar comúnmente admitido que *el vestido habla*, para decirlo con el significativo título de Nicola Squicciarino. Contextualizado, entre las cosas que significa está el sitio social de quien lo viste y, por lo tanto, eso que Vázquez Medel (2000)⁴ acierta al formular como el *emplazamiento* en el macrosistema cultural, en relación con los signos restantes de éste. Así que habla también de jerarquías, de dominantes y dominados. Imponiéndoles ciertas vestimentas-moldura, los

⁴ VÁZQUEZ MEDEL, Manuel Ángel (2000): “Del escenario espacial al emplazamiento”, *Sphera pública* nº 0, Murcia, Diego Martín. págs. 119-135.

cuerpos, sometidos, pueden ser domados; pero, además y sobre todo, lo son las mentes. Tanto, que pueden llegar a no percibirlo, asumiéndolo de natural manera. El vestido, entonces, se hace férrea coraza para conseguir el silencio de los corderos.

Así pues, las sustituciones *pertinentes* en este aspecto formal de la moda implican reorganización de los espacios funcionales y, por ello, reajustan el paradigma. Pero no lo hacen las variantes -porque “moda” y “novedad” no son conceptos sinónimos, por muy relacionados que estén-, cuyo papel se asemejaría al de los alófonos con respecto a los fonemas.

Al producirse en Occidente tal des-plazarse funcional de las mujeres, con su cambio de formas inherente, la sintaxis del relato quedó alterada en su estructura más profunda. Sencillamente, se dio paso a un relato nuevo. En los espacios de este último, los elementos de cada bloque actancial necesitan redefinirse, justo porque están recolocados. Toda sintaxis, que es de orden sintagmático, se imbrica en una semántica, que pertenece al paradigmático. La primera no es una forma vacía de sentido, sino una

(...) construcción propiamente semántica, que no tiene obligatoriamente un soporte correspondiente en el plano de la forma de la expresión (...) Las organizaciones actanciales y de modo son realmente significantes.⁵

Así pues, ya sabemos las mujeres dónde queremos estar y dónde estamos; averigüemos quiénes somos, porque esto se vincula con aquello. Nos hallamos sintácticamente ubicadas y, por tanto, en condiciones y en la necesidad de averiguar cómo se simboliza este otro estar nuestro. Claro es, la clave semántica fundamental que se entreteje en él atañe a nuestra identidad, a nuestro ser, a nuestro vivir. Porque vivir, además de que implica un estar emplazado en tiempo y espacio, es, en palabras de Ortega y Gasset,

(...) una revelación, un no contentarse con ser, sino comprender o ver que se es, un enterarse. Es el descubrimiento incesante que hacemos de nosotros mismos y del mundo en derredor. *El mismo autor evoca a este propósito el mito egipcio* donde Osiris muere e Isis, la amante, quiere que resucite (*para lo cual*) le hace tragarse el ojo del gavián Horus. Desde entonces el ojo aparece en todos los dibujos hieráticos de (esa) civilización (...) representando el primer atributo de la vida: el verse a sí mismo. Y ese ojo, andando por todo el Mediterráneo, llenando de su influencia el Oriente, ha venido a ser lo que todas las demás religiones han dibujado como primer atributo de la providencia: el verse a sí mismo, atributo esencial y primero de la vida misma.⁶

⁵ COURTÉS, Joseph (1991): *Análisis semiótico del discurso*. Madrid, Gredos, 1997. págs. 289-290.

⁶ ORTEGA Y GASSET, José (1997): “¿Qué es filosofía?”, *Obras completas*. 7, Madrid, Alianza-Revista de Occidente. págs. 414-415.

La envergadura de tal cuestión, abordada por filosofías y religiones, se imbrica en todas las incógnitas generales sobre el ser y el existir a las que, por supuesto, no procede hacer referencia aquí. Si fuera riguroso y oportuno circunscribirlas al ser de las mujeres, no resultaría fácil hallar respuestas en las expresiones históricas del feminismo, que a menudo se declara a sí mismo teoría política y de la justicia, no una ontología; que suele conectar lo específico femenino con factores socioeconómicos, desde presupuestos ideológicos diferentes, por lo regular de izquierdas. Así, todavía en los años setenta Luce Irigaray (1977)⁷, arrancando de Karl Marx, definía la diferencia sexual conectándola con la explotación económica y mostrando el funcionamiento de las sociedades patriarcales a partir de presupuestos estructurales. Como se sabe, otras modalidades de feminismo han explicado lo diferencial genérico desde hipótesis del psicoanálisis. Por ejemplo, la postura de Patrizia Violi (1990)⁸ cuando reconoce concluida la etapa de deconstruir el pensamiento y la subjetividad masculina como fundamentos universales de la teoría y de la cultura, subrayando, además, la necesidad de sustituir ya esos enfoques por otros que formulen lo específico de la subjetividad femenina.; y lo hace ella misma conectando perspectivas psicoanalíticas con enunciados lingüísticos de la teoría del sujeto. Entiende que mientras *la categoría de lo individual* es base para el pensamiento de las mujeres, no tiene cabida ni posibilidad de expresión en la teoría masculina, que es siempre ciencia de lo universal:

La experiencia de ser mujeres, por tanto la experiencia de nuestro género, no es experiencia y conocimiento de lo universal, sino de algo particular, ligado a la individualidad, a la corporeidad de cada una de nosotras. El concepto de género (gender) es, de este punto de vista muy complejo, porque es doble.

De hecho, por un lado, es individual, porque las mujeres, en cuanto 'gendered', es decir, sexuadas, no pueden ser reducidas a la trascendencia de 'lo Semejante' (...). Sin embargo, por otro, su forma individual es también general, en cuanto el concepto de 'gendered' es justamente lo que enlaza y hace posible toda experiencia de individualidad (...)

Si la naturaleza del sujeto femenino es esta paradójica conjunción de particular y universal, ello tiene también algunas consecuencias respecto al lenguaje. Sobre todo modifica el modo de pensar en el sujeto en el lenguaje.⁹

Enunciados parecidos convergen en construcciones varias del universo de las mujeres, algunas de las cuales llegan a apartarnos de la ciencia y de la actividad

⁷ IRIGARAY, Luce (1977): *Ese sexo que no es uno*. Madrid, Saltés, 1982.

⁸ VIOLI, Patrizia (1990): "Sujeto lingüístico y sujeto femenino", COLAIZZI, Giulia: *Feminismo y teoría del discurso*. Madrid, Cátedra, págs. 127-140.

⁹ *Ibidem*. pág. 139.

intelectual, dada la supuesta índole intuitiva, no lógica, de nuestra forma de conocimiento. Así “motivaba” Ortega y Gasset a sus alumnos de un curso de verano:

Lo único que deseo es que si, entre los muchachos que me escuchan, hay algunos con alma profundamente varonil y, por lo tanto, muy sensible a aventuras del intelecto, inscriban las palabras pronunciadas por mí el viernes pasado en su fresca memoria.¹⁰

En contrapartida, otros discursos apuestan por una ciencia de mujeres, como hace cierto feminismo “de la diferencia”. Pero éste suele fundamentarse en que la razón y la lógica son herramientas masculinas de opresión. Sin embargo, aunque el hacer científico, por actividad humana, tenga inevitables ideologías adheridas, cosa distinta es que hacer e ideología se identifiquen. Como declara Steven Pinker (1998), sencillamente es un insulto afirmar que:

(...) las mujeres no se dedican al razonamiento abstracto lineal, que no tratan las ideas con escepticismo ni las evalúan mediante un debate riguroso, que no argumentan a partir de principios morales generales.¹¹

Richard Dawkins rebate, no sin gracejo, extravagancias así, que él estima propias de un “feminismo peleón”. Para él

El ejemplo más ridículo de mala ciencia feminista quizá sea la descripción que hace Sandra Harding de los **Principia** de Newton como un “manual de violación”.¹²

Además, argumenta contra la exclusión femenina de la ciencia:

Desde luego, hay una forma de influencia feminista en la ciencia que es admirable y necesaria. Ninguna persona bien intencionada puede oponerse a las campañas para mejorar la situación de las mujeres en las carreras científicas. Es verdaderamente pasmoso (a la vez que desesperadamente triste) que Rosalin Franklin, cuyas fotografías de cristales de ADN por difracción de rayos X fueron fundamentales para el éxito de Watson y Crick, no fuera admitida en la sala de descanso de su propia institución, impidiéndosele así contribuir a (y aprender de) lo que pudieron ser discusiones científicas cruciales. Incluso tal vez sea verdad que las mujeres pueden aportar a las discusiones científicas un punto de vista que los hombres, típicamente, no aportan. Pero “típicamente” no es lo mismo que “universalmente”, y (si bien puede haber diferencias estadísticas en el tipo de investigación por el que unos y otras se

¹⁰ ORTEGA Y GASSET. *Op. cit.* pág. 408.

¹¹ PINKER (1998) citado por DAWKINS, Richard. (2000): *Destejiendo el arco iris. Ciencia, ilusión y el deseo de asombro*. Barcelona, Tusquets. pág. 208.

¹² *Ibídem.*

sienten atraídos) las verdades científicas descubiertas por hombres y mujeres serán igualmente aceptadas por las personas razonables de ambos sexos, una vez hayan sido establecidas de manera clara.¹³

Más que en el ámbito de la ciencia experimental, la cuestión de cómo ha de entenderse la femineidad, suele intentar dilucidarse, bien lo sabemos, averiguando los posibles rasgos distintivos de algunas de sus expresiones, de sus **maneras de hacer** en el ámbito de las humanidades y, sobremanera, del arte. Es ya un lugar común hablar, por ejemplo, de pintura, de literatura y de cine “femeninos”. En lo que se refiere a la superficie del discurso escrito por mujeres, no ha podido describirse rasgo alguno que, por presencia o ausencia, marque lo diferente respecto a la escritura de los hombres. Al parecer, ocurre igual en las otras artes. Por ello, a veces se indagó lo específico en el universo semántico. Cuando se tanteó en la vertiente intimista, hubo de desestimarse esta vía porque, obviamente, rebosa también de grandes escritores hombres. De similar manera, se quiso indagar por los cauces de la literatura narrativa de modelo referencial realista en el sentido amplio de esta palabra, es decir, en tanto abarca esa pluralidad bien conocida de realismos, antiguos y de nuestro tiempo. Desde esta perspectiva, suele subrayarse que uno de los caracteres dominantes de la escritura de mujeres es que imagina muchos personajes femeninos en tensión con un espacio social, especialmente familiar, ante el que a menudo terminan por sucumbir. Y que la relación problemática con el padre, con la madre o con el marido es una de las modalidades más recurrentes. Pudiera decirse entonces que la “femenina” es una novela, o un cuento, de protagonistas a menudo fracasadas por la presión que sobre ellas ejerce un entorno que no les permite ser sí mismas. Algunas veces, las menos, consiguen remontar la situación problemática inicial, romper *Las ataduras* -título tan significativo que agrupa varios cuentos de Carmen Martín Gaité- y ven abrirse para ellas horizontes de grandeza por la liberación. Pero otras, las más, el resultado de sus esfuerzos se queda en tablas e incluso empeora: son agonistas en secuencias narrativas de fracaso. Durante el desarrollo de la trama, estas mujeres literarias, vistas como verdaderos “alter-ego” de la autora, se buscan a sí mismas intentando conocerse, indagan en el pasado, rastrean en la infancia, tan ida ya, explicación y soluciones para su enigma de ahora. Los discursos narrativos abundan en símbolos de la verdad encubierta (nieblas, velos...), de la reflexividad (espejo, agua y otras variantes), del aislamiento (espacios cerrados, recintos de la soledad) y de la incomunicación.

¹³ *Ibidem.* págs. 207-208.

Sin embargo, tales claves semánticas no podrían considerarse distintivas de la escritura femenina, ni siquiera aunque nos quedásemos en una interpretación de primer grado, anecdótica y, por ello, no artística, pues no se situaría en el nivel de la modelización secundaria. Por dos razones obvias: la primera, que también los hombres imaginaron personajes así, algunos inolvidables, cuya historia se enhebra en un tejido situacional semejante. El realismo decimonónico nos dejó muestras señeras de ello. La segunda, que la literatura “masculina” plantea la búsqueda del sí mismo desde hace mucho. Sin ir más lejos, enhebradas en el universo filosófico y en el mito, obras de las más importantes del siglo XX, y no solo novelas, a partir de *Ulysses*, pasando por *La metamorfosis*, *El castillo*, *El hombre sin atributos* y tantas más, ahondan en esa preocupación y lo hacen sirviéndose de aquellos mismos mundos simbólicos y de otros. A fin de cuentas, el problema de fondo, ese imperativo, paradójico por necesidad, del conócete a ti mismo si has de desvelar el sentido de tu existir, en nuestro tiempo tiene una manera peculiar de vivirse que a todos nos afecta, aunque las escritoras, como los escritores, lo cristalicen en historias y discursos relacionados con el universo contextual del que están más impregnadas, pues, habiéndolo vivido cercano, las troqueló más hondo.

De otro lado, es también innegable lo plural del universo narrativo femenino, que no conoce reduccionismos excluyentes, que desde temprano sobrepasó las fronteras del yo, interesándose por cuanto más apremia al nosotros colectivo. Que no dudó en delatar abusos y vejaciones contra hombres y mujeres, en el orden familiar y en el mundo del trabajo. Que habla hoy de muy variados problemas de ahora.

Así pues, estas y las demás perspectivas de análisis desvelan, siempre, la compleja, poliédrica dificultad, acaso la futilidad también, que entraña la pregunta qué es ser mujer, más allá de la evidente particularidad de género, lo que condujo a intentos sustitutivos de describir lo específico de las **formas** inherentes al **actuar**, al **hacer** femenino en el espacio de sus competencias nuevas y en de las antiguas reformuladas. No es usual, en cambio, proyectar planteamientos análogos sobre el ámbito masculino, por más que deba también reformularse a consecuencia de su desplazamiento correlativo. En un movimiento especular, reflexivo, nosotras nos miramos. Ellos, por su parte, parecen muy de acuerdo: algunos, en actitud de colaboración inestimable, que les revierte en el autoconocimiento. Muchos, convencidos, sin más, de que cuanto les

resulta sustantivo permanece, o dispuestos a afianzarlo si lo perciben ya inestable, prefieren...seguir mirándonos, pero como Sinatra: a su manera. A la de siempre.

En este indagarse, la mujer ha de atravesar una especie de vía purgativa, de viaje odiseico jalonado de cantos de sirena que procuran desviarla de su propósito o, peor, hacerle creer que el fin está en otra parte. Son, muchas veces, estrategias del “oponente” -premeditadas o no-, encaminadas a persuadirla de que siga actuando según dicta la costumbre inveterada. Es decir: que se perpetúe en los espacios donde estuvo o, como mucho, que se tras-lade (hay que acompañarse a los tiempos), pero, eso sí, nunca en demasía; nada más lo asumible sin apenas trauma. Pensemos en el imaginario femenino, estereotipado y tantas veces degradador, de que rebosan los “medios de comunicación de masas”, sobre todo los audiovisuales, elevándolo a canon; funcionalmente es bien distinto del masculino, centro casi único de las esferas del poder, del saber, de la economía... cuenta, por supuesto, con espacios y presentaciones enaltecedores :

Si en los ámbitos de la subcultura se insiste en no apartarse un milímetro de los tópicos y no conceder grado alguno de existencia a las mujeres, bastantes, que son sus contraejemplos, en las sedes respetables se adopta una táctica distinta. Desde hace bien poco, porque no llega al lustro, y ni mucho menos en todos sus espacios seguros, sino sólo en los opinables, como concesión a los tiempos, aparece de tanto en tanto una mujer (...). Puesto que va en solitario, no tiene otro remedio que encarnar al género, lo quiera o no. Aunque suela salir airosa, lo cierto es que ese mismo modo de presentación la pone en peligro de resbalar y es casi seguro que, si le ocurre, nadie le echará el acostumbrado cable (...) Cumplido el trámite no se puede hablar de exclusión, pero la inclusión no se ha producido. A las mujeres se las coloca siempre por debajo o por encima de los estándares y nunca dentro de ellos. Como le dijo, con toda inocencia, un señor muy acreditado a una mujer, alto cargo, que acababa de tomar posesión: “Señorita, mi experiencia me dice que las mujeres que llegan tan arriba o son muy listas o son muy tontas; valen siempre mucho más o mucho menos que los hombres; lo que nunca son es normales”.¹⁴

Por su parte, la publicidad, en especial, pero no solo, la televisiva, alimenta estereotipos, a base de mostrarlos recurrente, a la vez que se sirve de ellos. La sociedad cambia más lenta que el individuo y la expectativa de destino de los anuncios es la inmensa mayoría. La imagen de las mujeres que prevalece con mucho en el mundo publicitario nos perpetúa en los espacios de competencias ya canonizados.

¹⁴ VALCÁRCEL. *Op. cit.* págs. 148-150.

En nuestros días, internet puede ser para nosotras cara y cruz; abriremos los dilatados horizontes de que es capaz, pero, también, erigirse en un brazo más, inimaginablemente poderoso, del interés por sellarnos conforme a nuestra moldura convencional. Así lo evidencian tantos portales que cuentan con un canal rotulado “mujer”, cuyas opciones acostumbran a conducirnos solo por los cauces donde la tradición nos ancla (moda del vestir, economía y decoración del hogar, mundo de la maternidad...).

La cultura audiovisual es, pues, proclive a perpetuar modelos de mujer que la confinan en reductos de funciones y formas seculares, velados tras la apariencia de un actualizar imagería, maneras, porte. Son modelos, entendiendo por tales un modo de ser de cierta clase de realidades, en este caso personales. Pero, además, lo son también en el sentido ético, ese que estudiaron tanto Nietzsche, Bergson y Scheler, entre otros. Se refiere a alguien que por su comportamiento y modo de ser lo que es ejerce, hasta sin saberlo, una atracción sobre otras personas, que lo imitan de manera no consciente, aunque no ejerce presión sobre ellas, a diferencia del jefe. La no consciencia en la relación entre el modelo y sus imitadores convierte a éstos en seres muy “modelables” o moldeables.

Además, un lenguaje -verbal, audiovisual- no es, subraya Wittgenstein, una trama de significaciones independientes de la vida de quienes lo usan, sino integrada en su misma urdimbre y se comporta a la manera de un sistema de ruedas. Si engranan unas con otras y con la realidad, el lenguaje es justificado; en cambio, si las ruedas se engranan entre sí pero sin vertebrarse en la realidad, entonces el lenguaje carece de base.

Así pues, cuanto más se esparce el influjo del modelo iconográfico por el espacio social, más recurrente se hace, porque, retroalimentándose, se reafirma. A la vez, pueden aumentar, sin buscarlo, lo conflictivo de la realidad; porque, como sucede con el canon, quienes están fuera del modelo y disienten, se enfrentan, se sitúan enfrente de él, pero ahora no ya para abrirlo ensanchándolo, sino para destruirlo confrontándosele.

Todo esto tiene consecuencias graves, pues históricamente la opresión de la mujer viene contando con un instrumento de inestimable eficacia: la manera de representarla en la iconografía. Rey Chow lo puntualiza así:

Una de las fuentes principales de la opresión de las mujeres radica en el modo en que han sido sometidas a la visualidad (en toda la historia de la iconografía). Este sometimiento es el resultado de un mecanismo epistemológico que produce diferencia social mediante una distribución formal de posiciones (...) Para enfocar la visualidad como objeto de crítica, no podemos simplemente atacar el hecho de que las mujeres hayan sido reducidas a objetos de ‘la mirada’ masculina, ya que esto cosifica el problema al cosificar su manifestación más superficial.

Si tomamos la visualidad justo como la naturaleza del objeto social que el feminismo debería criticar, entonces hemos de analizar el soporte que la sostiene. Es en realidad un soporte en el sentido de que la producción de los “otros” en Occidente depende de la lógica de la visualidad que bifurca “sujetos” y “objetos” en las posiciones incompatibles de intelectualidad y especularidad.¹⁵

Sin embargo, como es bien conocido, las trabas para el desplazarse femenino con sus inseparables cambios en funciones y formas no están nada más en el uso, interesado y no dicho, de los medios de comunicación de masas. La categoría “opponente” históricamente ha sido y es muy explícita. No han tenido reparo en ejercerla incluso hombres insignes en diferentes y encumbradas esferas del saber. Sé que no añado nada a lo que ya conocen, pero les ruego que me permitan recordar, como ejemplo, aquella declaración de Santiago Ramón y Cajal (1932), por tan elocuentemente demostrativa:

Lo que los extremistas del feminismo llaman emancipación de la mujer no es en el fondo sino la imposición del formidable yugo del trabajo agotante, sin la compensación consoladora del amor y la familia (...). El “feminismo” u “hominismo”, como decía el malogrado Gómez Ocaña, conduce a un círculo vicioso. Cuantos más derechos políticos y facilidad para el trabajo extradoméstico se **otorguen** a la mujer, más se apartarán los hombres del matrimonio. Y, cuantos menos matrimonios, más **invasora** y exigente se mostrará la mujer, atormentada por el abandono, el sobretrabajo agotante y la imposibilidad de satisfacer, decorosa y legalmente, sus íntimas y sacrosantas aspiraciones a la maternidad. Y aunque las uniones legales no descendan, el niño mal atendido y el marido mal cuidado antes presagian la degradación de la raza que la elevación de su moral y de su capacidad productiva.

Si no hubiera **solteronas** inteligentes e incansables y viudas desamparadas, osaría decir que al reclamar la mujer los **privilegios** políticos del hombre y el ejercicio de toda clase de oficios mecánicos, reclama, sin pensarlo, el derecho a la fealdad y a la vejez prematura.

¹⁵ CHOW, Rey (1990): “Autómatas postmodernos”, COLAIZZI. *Op. cit.* págs. 72-73.

Mucho me temo que en lo futuro el **ángel del hogar** se convierta en antipático virago, y que el amor, supremo deleite de la vida, se transforme en onerosa carga impuesta por el Estado para fabricar a destajo obreros y soldados.¹⁶

Por todo ello, las mujeres necesitamos y queremos, insisto, descubrimos a nosotras mismas. Ser sujetos de nuestro imaginario, sin la mirada masculina por intermediaria. Y en el fondo, nuestro mirarnos, especular, se imbrica en la exaltación de la autoconciencia, tan de nuestro tiempo; en los problemas del yo contemporáneo. Pero hay, creo, una dificultad básica para la autoexplicación mediante el relato. Para saber quiénes somos a partir del qué y cómo hacemos. Es un escollo de rango pragmático, pues tiene que ver con que parecemos a la vez autoras, narradoras, signos, narratarias e intérpretes de un discurso. Pero ¿lo somos?. ¿Podríamos, siquiera, serlo? ¿Acaso no nos advierten sobre lo imposible de ello filosofía y teorías del conocimiento?. Recordémoslo: Zaratustra se propuso dejar para siempre la vida de las llanuras pero, aunque en la cima, sin escape posible, tuvo que seguir focalizando el mundo desde el interior de éste. Si las mujeres estamos protagonizando e interpretando nuestro relato, si nuestro discurso ha de ser homodiegético, ¿quién lo escribe y qué relación tenemos con esta instancia? ¿será, acaso, ficcional? Volvemos al drama común de la existencia, donde está envuelto el vivir de todos y que con planteamientos afines se desbordó por la filosofía y la literatura de los hombres, con jalones tan destacados entre nosotros como la obra de Miguel de Unamuno.

En la actualidad, las más de las veces la visión masculina sobre nosotras, de tan interesada históricamente, sigue resultándonos todo menos fiable. Sus discursos de antes y de ahora se dan la mano demasiado a menudo para fijar nuestro canon de estirpe mítica. Pueden hacerlo mediante un lenguaje inequívoco de referencialidad directa. Como éste de Ortega y Gasset, para no acudir a los muy divulgados ya, por lo exaltado de su insulto, de Schopenhauer, Nietzsche y tantos otros:

En el fondo durmiente del alma femenina la mujer, cuando lo es en plenitud, es siempre bella durmiente del bosque vital que necesita ser despertada. En el fondo de su alma, y sin que ella lo advierta, lleva preformada una figura de varón; no una imagen individual de un hombre, sino un tipo genérico de perfección masculina. Y siempre

¹⁶ RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1932): “En torno al feminismo”, AGUADO, M^a et al: *Textos para la historia de las mujeres en España*. Madrid, Cátedra, 1994. págs. 408-409. Los destacados son míos.

dormida, sonambúlicamente camina entre los hombres que encuentra, contrastando la figura y moral de éstos con aquel modelo preexistente y preferido.¹⁷

Para una interpretación femenina, enunciados así no son hoy ni peligrosos, pues no enmascaran la ideología que los sustenta. Otros, en cambio, por la belleza de su decir, por la densidad afectiva que rebosan, nos manipulan más. Involucrándonos en su universo, nos hacen difícil el distanciarnos crítico y, de este modo, el ideario subyacente puede velársenos. Porque, reconozcámoslo, ¿a qué sensibilidad no habrían de apelar en mucho cartas de tan seductor decir como las de Juan Rulfo, desde México D. F., a su novia Clara Angelina Aparicio Reyes, por más que muchas se enhebran en mitos sobre la mujer consagrados como estereotipo? En ellas se imbrica, recurrente, el de la mujer diosa, ángel, *sumum* de virtudes, reverso de la demoníaca. Les elijo un fragmento de aquella carta donde se contiene la calificación enaltecedora “aire de las colinas” que da título a la edición completa.

Clara:

(...) Aquí a un lado del sagrario hay una estatua que dice: “Extranjero, si amares la virtud, mira y contempla: éste es Fray Bartolomé de las casas, padre de los indios”. Eso dice esa estatua. Pero yo, desde lo más hondo de mi más pobre y humilde condición, me digo siempre: **Clara es la virtud**, que ha hecho de mí un hombre más amigo de las cosas humanas. Más amigo de la vida.

Más amigo tuyo que ningún amigo tuyo. Y yo te veo así, noviecita, algo en quien yo confío, alguien con quien compartiría mis ratos buenos y a quien no le ocultaría mis ratos malos. Tú y yo de la mano como dos buenos amigos, como dos buenos compañeros, unidos para caminar sobre el ancho mundo. Y que no bajen las nubes, que nunca bajen sobre nosotros. Tú, **aire de las colinas, las espantarías con esa virtud de que estás llena.**¹⁸

En fin: si la literatura, capaz de tanta *elasticidad* semántica, cualquiera que sea el género de quien la escriba, quiere ser fiable para todos, acaso haya de transitar más por enfoques tales que muestren cuánto incumben a hombres y mujeres los problemas, tan serios, que vivimos nosotras y, por lo tanto, también ellos; pero, asimismo, los que viven ellos y, por lo tanto, también nosotras.

El empeño colectivo de la mujer para ser actuante en espacios de la cultura que en el mundo entero le corresponden por dignidad y por justicia no busca ni respalda

¹⁷ ORTEGA Y GASSET. *Op. cit.* pág. 434.

¹⁸ VITAL, Alberto (ed.) (2000): *Aire de las colinas. Cartas a Clara*. Madrid, Debate. págs. 165-166. Los destacados son míos.

encumbradores desplazamientos individuales ajenos al mérito de su esfuerzo. Pero denuncia también los masculinos. Tampoco quiere ventajas coyunturales nacidas de oportunismos. Para su propósito, seguirá necesitando sortear y saltar sobre las trabas. Sabe que, aunque pueda contar con ayudantes, ella misma habrá de seguir también siendo el sujeto de ese desplazarse suyo, sin abandonarse, confiada, a ningún libertador. Pues, entonces, se hallaría en situación semejante a la de Psyche cuando, acatando al oráculo, padres y amigos la abandonaron, amortajada, junto a un abismo, esperando al dios que habría de raptarla. El peligro de involución acaso no esté conjurado. Pero el ayer, acicate, por aleccionador, de nuestro hoy, nos recuerda que

(...) vivimos avanzando en nuestro futuro, apoyados en el presente, mientras que el pasado, siempre fiel, va a nuestra vera, un poco triste, un poco inválido, como, al hacer camino la noche, la luna, paso a paso, nos acompaña apoyando en nuestro hombro su pálida amistad.¹⁹

¹⁹ ORTEGA Y GASSET. *Op. cit.* pág. 435.